

se aborda en la última parte dedicada a *La conciencia cristiana y el mundo*, donde se reserva un capítulo al «encauzamiento de los fieles y la pastoral» que pone de manifiesto la estabilidad de la organización eclesíástica –a pesar de las crisis económica y social– gracias a la consolidación de la parroquia y al impulso de la predicación, aunque el desbordamiento devocional no siempre discurriese por los cauces de la ortodoxia.

Estamos ante una síntesis inteligente que integra los diversos fenómenos que dieron forma al Cristianismo medieval, deteniéndose especialmente en las mutaciones culturales experimentadas en el ámbito del poder. Es meritorio el esfuerzo del autor por explicar el «cambio histórico» y

las transformaciones experimentadas por la religión cristiana sin descomponer su identidad. El resultado es un denso relato de 400 páginas que explica cómo un mensaje espiritual contribuyó a organizar la sociedad del Occidente latino, implicándose en el ejercicio de la autoridad, sin dejar de sentir la inspiración de un ideal evangélico que cuestionaba constantemente el orden establecido. Son las turbadoras contradicciones que imprimieron un dinamismo desconcertante al cristianismo medieval, y que siguen agitando los espíritus más inquietos de la Iglesia de nuestros días.

Álvaro FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA  
Universidad de Navarra

## Pierre RICHÉ

### *Les combats de l'Église au Moyen-Âge*

CNRS Éditions, París 2015, 302 pp.

Sus estudios sobre el Occidente bárbaro y el período carolingio acreditan a Pierre Riché, discípulo de Henri Irénée Marrou y profesor emérito de la Universidad de París X-Nanterre, como uno de los mayores especialistas de la cultura y la educación de la Europa Altomedieval. El presente libro, publicado por el Centre Nationale du Recherche Scientifique (CNRS), ofrece al especialista, al docente y al público culto una preciosa selección de textos sobre los desafíos que afrontaron los grupos rectores de la Iglesia a lo largo de la Edad Media. Mil años de historia en que laicos, prelados y pontífices se comprometieron con un mundo en constante transformación, no siempre permeable a los valores evangélicos.

Si Riché había tratado estas cuestiones en su *Grandeurs et faiblesses de l'Église au*

*Moyen Âge* (2006), ahora ofrece el valioso complemento de los textos. El autor centra su interés en los combates («combats») que las clases dirigentes de la Iglesia libraron durante los siglos medievales contra determinados fenómenos sociales que obstaculizaban su misión como instrumento de salvación. El valor del libro no se haya tanto en las explicaciones, como en la cuidada selección de textos, algunos conocidos y otros tan desconocidos como luminosos, que ofrecen distintas aproximaciones a cada uno de los problemas enunciados y comentados en sus respectivas introducciones.

Riché comienza con el desafío evangelizador de los pueblos germánicos que penetraron en la parte occidental del Imperio Romano. Un esfuerzo no coordinado que

exigió un ejercicio de adaptación, como revela la carta de San Gregorio Magno admitiendo ciertas manifestaciones religiosas de los anglosajones, o de pugna intelectual, como aconseja San Bonifacio al desvelar las incoherencias del paganismo. Especialmente sugestiva resulta la epístola de Alcuino exhortando a Carlomagno a atemperar su agresividad con los ávaros –buscando la paulatina asimilación de la fe–, o la audacia de Juan VIII al permitir el uso litúrgico del lenguaje inventado por Cirilo y Metodio para difundir la fe entre los eslavos. Un último grupo de textos refleja el afán por erradicar las prácticas «supersticiosas» que las sociedades germánicas conservaban después de su conversión.

Más novedosa es la defensa de las clases indefensas y el valor de la pobreza evangélica. Esta preocupación latente en las primeras reglas monásticas permeó la legislación carolingia que promovía la construcción de hospicios y la distribución de alimentos para atender a las víctimas del hambre. Siglos más tarde los espíritus inquietos de Odón de Cluny o San Bernardo se dirigieron contra la opulencia del clero. El capítulo dedicado a la «teocracia pontificia» describe –contra lo que suele afirmarse– el rechazo suscitado por esta concepción del poder papal en personalidades como el emperador Otón III, obispos como Arnaul de Orleans o los clérigos de la diócesis de Cambrai, sin olvidar las críticas de San Bernardo, o las burlas de los goliardos. En este orden temático cabe situar la lucha de la Iglesia por disminuir la violencia en el siglo XI mediante aquellos movimientos de paz que finalmente quedarán en manos de los poderes monárquicos.

Fuera de los límites de la Iglesia latina, se aborda su compleja relación con el Oriente cristiano, revelando los desajustes y los posteriores intentos de reconciliación

(capítulo VI). Esta paradójica actitud que se explica por los cambios coyunturales, también se observa en el trato dispensado a los judíos, criticados ferozmente y al mismo tiempo protegidos como destinatarios privilegiados del mensaje de Cristo (capítulo VII). Más conocidos son los combates contra las herejías a partir del siglo X (capítulo VII), o el pulso sostenido con el Islam, que pasó de la hostilidad bélica a las actitudes evangelizadoras de San Francisco de Asís o Ramón Llull (capítulo VIII).

Finalmente, el autor aborda los debates en torno a determinados colectivos de la Iglesia: las mujeres, los laicos y los clérigos. En el primer caso, el discurso misógino –propio de ciertos ambientes monásticos– se combina con rehabilitaciones unidas a la promoción del sacramento del matrimonio, donde el placer sexual adquiere su sentido pleno. En el caso de los laicos, se recoge la teoría de Adalberón de Laón sobre los tres órdenes sociales, y su apología –menos conocida– del trabajo campesino, junto a otras disposiciones conciliares que reflejan los cambios religiosos y pastorales, especialmente en ambientes urbanos (beguinos, begardos, cofradías, etc). Respecto a los clérigos, se ponderan los esfuerzos por elevar su dignidad y nivel intelectual, básicos para la atención espiritual del pueblo cristiano que les estaba encomendada (capítulo XII).

Sin duda, estamos ante una antología de textos de gran valor pedagógico que permite aproximarnos, desde el rigor de las fuentes, a problemas complejos no siempre ponderados por los manuales al uso, tanto a nivel escolar como universitario. Lejos de una edulcorada apologética, su espíritu de síntesis no incurre en la simplificación de los problemas, pues se recogen las diferentes perspectivas –a veces contradictorias– que muestran una Iglesia medieval menos

monolítica de lo que se había pensado [véase nuestra reseña en AHIg, 23 (2014), pp. 576-577]. Desde ambientes monásticos, laicales, universitarios o cortesanos se suscitó todo tipo de respuestas ante los desafíos que contradecían los valores evangélicos (riqueza frente al desprendimiento, la violencia contra la paz de Cristo, ignorancia ante la Palabra, afán de poder que anula la voluntad de servicio, etc), mientras se tanteaban soluciones para resolver las divisiones internas o tratar con las otras reli-

giones. Un juego de conflictos, compromisos y esfuerzos de adaptación que modeló las conciencias y los espíritus durante el primer milenario de lo que llamamos Europa. A lo largo de sus páginas emergen las luces y las sombras de una Iglesia *nigra sed formosa* que –hoy como ayer– sigue librando sus propios combates donde se juega su identidad y su misión.

Álvaro FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA  
Universidad de Navarra

---

## Eugenio SERRANO RODRÍGUEZ

*Toledo y los dominicos en época medieval. Institución, economía, sociedad*

Toledo, Universidad de Castilla-La Mancha 2014, 592 pp.

La publicación de este magnífico libro tiene una especial relevancia, pues es el primer estudio que aborda de forma completa la presencia de la rama masculina de la Orden dominicana en Toledo durante la Edad Media.

La obra está dividida en tres partes. La primera de ellas está dedicada a la Orden de Predicadores, institución canónica puesta al servicio del estudio, la predicación y la lucha contra la herejía. El autor detalla de manera clara y minuciosa su funcionamiento, poniendo de relieve cómo sobre las sólidas bases de la tradición monástica occidental, surgió y se conformó una organización propia. Dedicando una especial atención a Domingo de Guzmán (1170-1221), su fundador.

La segunda parte está centrada en la fundación del convento de San Pablo (1219-1407). Eugenio Serrano después de recoger las diferentes opiniones vertidas sobre la fecha en que la comunidad de San Pablo se instaló en Toledo, expone con claridad

las razones que le llevan a considerar que la presencia de frailes de Santo Domingo en la ciudad tuvo lugar en los años 1218 o 1219, instalándose en el terreno conocido como «el Granadal», incluyendo, tal vez, una antigua iglesia dedicada a San Pablo.

La Orden contó en Toledo con numerosas prerrogativas por parte de los monarcas castellanos, determinante para asegurar la posición privilegiada que alcanzaron los dominicos en Toledo a partir del siglo XIII, y que se mantendría a lo largo del s. XIV. También la Santa Sede mantuvo una política de protección concediéndole los resortes necesarios para que gozara de bienestar económico que, sin embargo, tuvo como consecuencia un alejamiento del espíritu de pobreza, austeridad y humildad propuesto por Santo Domingo de Guzmán.

La tercera parte constituye la base fundamental del libro. El autor expone los motivos tanto económicos como de salud que influyeron en el traslado de la comunidad